luntad antigua fundada en trato! Esta es la hora que anda vuestro hijo buscando disculpas á esa mujer para el mismo agravio que le ha hecho.» Este fué el fin de Felisardo, esta la desdicha por la honra; así uedaron sus pensamientos burlados, y Silvia criando aquella desdichada prenda suya, que si creciere, como en las comedias, tendrá vuestra merced la segunda parte. Entre tanto, lea ese epitafio ó elogio á su desdicha:

Aquí yace un desdichado,
Que de sí mismo nacido,
Vivió por desconocido,
Murió por desconfiado;
Del propio honor engañado,
Aunque no sin culpa alguna,
Dejó el sol, buscó la luna;
Donde se vé que el valor
Quiere á fuerza del honor
Resistir á la fortuna.

LA MAS PRUDENTE VENGANZA.

Prometo á vuestra merced que me obliga á escribir en materia que no sé cómo pueda acertar á servirla, que, como cada escritor tiene su genio particular, á que se aplica, el mio no debe de ser éste, aunque á muchos se le parezca. Es genio, por si vuestra merced no lo sabe, que no está obligada á saberlo, aquella inclinacion que nos guia más á unas cosas que á otras; y así, defraudar al genio es negar á la naturaleza lo que apetece, como lo sintió el poeta satírico. Púsole la antigüedad en la frente, porque en ella se conoce si hacemos alguna cosa con voluntad ó sin ella. Esto es sin meternos en la opinion de Platon con Sócrates, y de Plutarco con Bruto, y de Virgilio, que creyó que todos los lugares tenian su genio, cuando dijo:

«Así despues habló, y en verde ramo
Ceñida por las sienes á los genios
De los lugares, y á la diosa Télus,
Primera entre los dioses, á las ninfas
Y ignotos rios ruega humildemente.»

Advirtiendo primero que no sirvo sin gusto á vuestra merced en esto, sinó que es diferente estudio de mi natural inclinacion, y más en esta novela, que tengo de ser por fuerza trágico; cosa más adversa á quien tiene, como yo, tan cerca á Júpiter; pero, pues en lo que se hace por el gusto propio merece ménos que en forzalle, oblíguese más vuestra merced al agradecimiento, y oiga la poca dicha en una mujer casada en tiempo ménos riguroso, pues Dios la puso en estado que no tiene que temer, cuando tuviera condicion para tales peligros.

En la opulenta Sevilla, ciudad que no conociera ventaja á la gran Tébas, pues si ella mereció este nombre porque tuvo cien puertas, por una sola de sus muros ha entrado y entra el mayor tesoro que consta por memoria de los hombres haber tenido el mundo; Lisardo, caballero mozo, bien nacido, bien proporcionado, bien entendido y bien quisto, y con todos estos bienes y los que le habia dejado un padre, que trabajó sin descanso, como si después de muerto hubiera de llevar á la otra vida lo que adquirió en ésta, servia y afectuosamente amaba á Laura, mujer ilustre por su nacimiento, por su dote y por muchos que le dió la naturaleza, que con estudio parece que la hizo. Salia Laura las fiestas á misa en compañía de su madre; apeábase de un coche con tan gentil disposicion y brio, que no sólo á Lisardo, que la esperaba á la puerta de la iglesia,

como pobre para pedirle con los ojos alguna piedad de la mucha riqueza de los suyos, pero á cuantos la miraban acaso ó con cuidado, robaba el alma. Dos años pasó Lisardo en esta cobardía amorosa, sin osar á más licencia que hacer los ojos lenguas, y el mirar tierno intérprete de su corazon y papel de su deseo. Al fin de los cuales, un dichoso dia vió salir de su casa algun apercibimiento de comida con alboroto y regocijo de unos esclavos, y preguntando á uno de ellos, con quien tenia más conocimiento, la causa, le dijo que iban á una huerta Laura y sus padres, donde habian de estar hasta la noche. Tiénelas hermosísimas Sevilla en las riberas del Guadalquivir, rio de oro, nó en las arenas, que los antiguos daban á Hermo, Pactolo y Tajo, que pintaba Claudiano:

"No le hartarán con la española arena,
Preciosa tempestad del claro Tajo,
No las doradas aguas del Pactolo
Rubio, ni aunque agotase todo el Hermo,
Con tanta sed ardía;"

sino en que por él entran tantas ricas flores, llenas de plata y oro del Nuevo Mundo. Informado Lisardo del sitio, fletó un barco, y con dos criados se anticipó á su viaje, y ocupó lo más escondido de la huerta. Llegó con sus padres Laura, y pensando que de solos árboles era vista, en solo el faldellin, cubierto de oro, y la pretinilla, comenzó á correr por ellos, á la manera que suelen las

doncellas el dia que el recogimiento de su casa les permite la licencia del campo. Caerá vuestra merced fácilmente en este traje, que si no me engaño, la ví en él un dia tan descuidada como Laura, pero no ménos hermosa. Ya con esto voy seguro que no le desagrade á vuestra merced la novela, porque, como á los letrados llaman ingenios, á los valientes Césares, á los liberales Alejandros, y á los señores heróicos, no hay lisonja para las mujeres como llamarlas hermosas; bien es verdad que en las que lo son es ménos; pero si no se les dijese, y muchas veces, pensarian que no lo son, y deberian más al espejo que á nuestra cortesía. Lisardo, pues, contemplaba en Laura, y ella se alargó tanto, corriendo por varias sendas, que cerca de donde él estaba la paró un arroyo, que, como dicen los romances, murmuraba ó se reia, mayormente aquel principio:

"Riéndose vá un arroyo;
Sus guijas parecen dientes,
Porque vió los piés descalzos
A la primavera alegre."

Y no he dicho esto á vuestra merced sin causa, porque él debió de reirse de ver los de Laura, hermosa primavera entónces, que convidada del cristal del agua y del bullicio de la arena, que hacia algunas pequeñas islas, pensando detenerla, competian entrambos; se descalzó y los bañó un rato, pareciendo en el arroyo como ramo de azucenas

en vidro. Fuése Laura, que verdaderamente parece palabra significativa, como cuando decimos: «Aquí fué Troya.» Sus padres la recibieron con cuidado, que ya les parecia larga su ausencia: así era grande el amor que la tenian, y le sintió el trájico:

"¡Con cuán estrecho lazo
De sangre asido tienes,
Naturaleza poderosa, á un padre!"

Hiciéronla mil regalos, aunque riña Crémes á Menedemo, que no queria en Terencio que se mostrase amor á los hijos. Avisó en estos medios un criado de Lisardo á Fenisa, que lo era de Laura, de que estaba allí su dueño. Estos se habian mirado con más libertad, como su honor era ménos, y le advirtió de que habian venido sin prevencion alguna de sustento, porque Lisardo sólo le tenia en los ojos de Laura; que los criados disimulan ménos las necesidades de la naturaleza, que sufren con tanta prudencia los hombres nobles. Fenisa lo dijo á Laura, que encendiéndose de honesta vergüenza como pura rosa, se le alteró la sangre, porque de la continuacion de los ojos de Lisardo habia tenido que sosegar en el alma con la honra, y en el deseo con el entendimiento, y á hurto de su madre, la dijo: «No me digas eso otra vez.» Creyó Fenisa lo severo del rostro; creyó lo lacónico de las palabras; y advierta vuestra merced que quiere decir lo breve, porque eran muy enemigos los la-

cedemonios del hablar largo; creo que si alcanzaran esta edad se cayeran muertos. Visitóme un hidalgo un dia, y habiéndome forzado á oir las hazañas de su padre en las Indias más de tres horas, cuando pensé que era su intento que le escribiese algun libro, me pidió limosna. Fenisa, finalmente, creyó á Laura, que parece principio de relacion de comedia, y como sabia su recato, no le volvió á decir cosa ninguna; pero viendo Laura que era más bien mandada de lo que ella quisiera, le dijo á solas: «¿Cómo tuvo ese caballero tanto atrevimiento, que viniese á esta huerta, sabiendo que no podian faltar de aquí mis padres?» «Como há dos años que os quiere,» respondió Fenisa. «¿Dos años? dijo Laura, ¿tanto há que es loco?» «No lo parece Lisardo, replicó la esclava, porque tal cordura, tal prudencia, tal modestia en tan pocos años, yo no la he visto en hombre.» «¿De qué le conoces tú?» dijo Laura. «De lo mismo que tú,» respondió Fenisa. «Pues ¿mírate á tí?» prosiguió la enamorada doncella. «No, señora, replicó la maliciosa esclava; que á la cuenta vos sola en Sevilla mereceis el desatinado amor con que os adora.» «¿Con que me adora?» dijo riéndose Laura; ¿quién te ha enseñado á tí ese lenguaje? ¿No basta que me quiera?» «Bastará á lo menos, replicó Fenisa, pues vos no correspondeis á tanto amor, siendo igual vuestro, y que fuera tanta dicha de los dos casaros.» «No quiero yo casarme, dijo

Laura, que quiero ser religiosa.» «No puede ser eso, respondió Fenisa, porque sois única á vuestros padres, y habeis de heredar cinco mil ducados de renta, y vale vuestro dote sesenta mil, sin más de veinte mil que vuestra abuela os ha dejado.» «Mira que te aviso, dijo Laura entónces, que no te pase por la imaginacion hablarme más en Lisardo; Lisardo hallará quien merezca ese amor que dices; que yo no me inclino á Lisardo, aunque há dos años que Lisardo me mira.» «Yo lo haré, señora, replicó Fenisa; pero muchos Lisardos me parecen esos en tu boca para no tener ninguno en el alma.»

Ya se llegaba la hora del comer, y ponian las mesas, para que sepa vuestra merced que no es esta novela libro de pastores, sinó que han de comer y cenar todas las veces que se ofreciere ocasion, cuando Laura dijo á Fenisa: «Lástima es, Fenisa, que ese caballero no coma por mi causa.» «¿No decias, respondió la esclava, que no te hablase en él?» «Así es verdad, replicó Laura, y yo no hablo en él, sino que coma; haz por tu vida de suerte que nuestro cocinero te dé alguna cosa que le lleves y dásela á su criado como que es tuya esta memoria.» «Que me place, dijo Fenisa, para merecer algo, como quien lleva al pobre la limosna que otro dá, para que sea tuya la piedad y mia la diligencia.» Hízolo así Fenisa, y tomando un capon y dos perdices, con algu-

na fruta y pan blanco, de que es tan fértil Sevilla, lo llevó al referido, y le dijo: «Bien lo puede comer Lisardo con gusto, que Laura se lo envia.» Túvole de manera este caballero, agradecidísimo á tanto favor, que ya se desesperaban los criados, y se atrevieron á decirle: «Si así come vuestra merced, ¿qué ha de quedar para nosotros?» «No sois, replicó Lisardo, dignos vosotros de los favores de Laura, tanto, que si algo queda, se me ha de guardar para la tarde.» Crueldad le habrá parecido á vuestra merced la de Lisardo, aunque no sé si me ha de responder: «No me parece sinó hambre;» y cierto que tendrá razon si no sabe lo que come un enamorado favorecido á tales horas; pero, porque no le tenga vuestra merced por hombre grosero, sepa que les dió dos doblones de á cuatro, que era siglo en que los habia, para que fuese el uno á Sevilla por lo que tuviese gusto; lo que ellos no hicieron, y partiendo la moneda, se llegaron hácia la casa de la huerta, donde las criadas los proveian de todo lo necesario. Algo desto via Laura con harto gusto suyo, y no se escondiendo á sus padres, quisieron saber quién eran aquellos hombres, que preguntados, respondieron que músicos; y deseando alegrar á Laura, dijo el padre que entrasen, de que ellos se holgaron en extremo; y trayendo un instrumento, que claro está que le habia de haber en la huerta ó traelle las criadas de Laura, que algunas

por lo moreno eran inclinadas al baile, con extremadas voces Fabio y Antandro cantaron así:

«Entre dos mansos arroyos,
Que de blanca nieve el sol,
A ruego de un verde valle,
En agua los transformó,
Mal pagado y bien perdido,
Propia de amor condicion,
Que obliga con los agravios,
Y con los favores nó;
Estaba Silvio mirando
Del agua el curso veloz,
Corrido de que riendo
Se burle de su dolor.
Y como por las pizarras
Iba dilatando el son,
A los rústicos cristales
Dijo con llorosa voz:
«Como no saben de celos
Ni de pasiones de amor,
Ríense los arroyuelos
De ver cómo lloro yo.
»Si amar las piedras se causa
De sequedad y calor,
Bien hace en reirse el agua,
Pues por fria nunca amó.
»Lo mismo sucede á Fílis,
Que para el mismo rigor
Es de más helada nieve
Que los arroyuelos son.
»Ellos en la sierra nacen,

Y ella entre peñas nació;
Que sólo para reirse
Ablanda su condicion.
»Al castigo de sus burlas
Tan nécia venganza doy,
Que estos dos arroyos miran
En mis ojos otros dos.
»Lágrimas que dan venganza
Notables flaquezas son;
Mas deben de ser de ira,
Que no es posible de amor.
»No me pesa á mí de amar
Sujeto de tal valor,
Que apénas puede á su altura
Llegar la imaginacion.
Pláceme de que ella sepa
Que la quiero tanto yo;
Porque siempre vive libre
Quien tiene satisfaccion.
Por eso digo á las aguas
Que risueñas corren hoy,
Trasladando de su risa
Las perlas y la ocasion;
»Como no saben de celos
Ni de pasiones de amor,
Ríense los arroyuelos
De ver cómo lloro yo.»

Dudosa estaba Laura mientras cantaba Fabio y Antandro estos versos, si se habian hecho por ella, y aunque en todo convenian con el pensamiento de Lisardo, en quejarse de celos, le pareció que diferian mu-

cho de su honestidad y recogimiento, si bien esto no satisfacia á la duda: porque los amantes, sin dárselos, tienen celos, y no han menester ocasion para quejarse; á la traza de los años, que se suelen enojar de lo que ellos mismos hacen. Pidieron los padres de Laura á Fabio no se cansase tan presto, y él y Antandro, en un tono del único músico Juan Blas de Castro, cantaron así:

«Corazon, ¿dónde estuvistes,
Que tan mala noche me distes?

¿Dónde fuistes, corazon,
Que no estuvistes conmigo?
Siendo yo tan vuestro amigo,
¿Os vais donde no lo son?
Si aquella dulce ocasion
Os ha detenido ansí,
¿Qué le dijiste de mí,
Y de vos qué le dijistes,
Que tan mala noche me distes?

A los ojos es hacer,
Corazon alevosia;
Pues lo que ellos ven de dia,
De noche lo vais á ver.
Ellos me suelen poner
En ocasiones de gloria,
Pero vos con la memoria
Yo no sé dónde estuvistes,
Que tan mala noche me distes.

Corazon, muy libre andais,
Cuando preso me teneis,

Pues os vais cuando quereis,
Aunque yo quiero que os vais;
Allá vivis y allá estáis;
No parece que sois mio,
Si pensais que yo os envio;
¿Qué esperanzas me trujistes,
Que tan mala noche me distes?

Ya se quedaban los instrumentos con el eco de las consonancias, aunque si bien me acuerdo, no era más que uno, cuando Laura preguntó á Fabio quién era el escritor de aquellas letras. Fabio le respondió que un caballero, que se llamaba Lisardo, mancebo de veinte y cuatro años, á quien ellos servian. «Por cierto, dijo Laura, que él tiene muy cuerdo ingénio.» «Sí tiene, dijo Antandro, y acompañado de linda disposicion y talle, pero sobre todo de mucha virtud y recogimiento.» «¿Tiene padre? dijo el de Laura. «No, señor, respondió Fabio; ya murió Alberto de Silva, que vuestra merced habrá conocido en esta ciudad.» «Sí conocí, dijo el viejo, y era grande amigo mio y de los hombres ricos de esta ciudad; y me acuerdo dese caballero su hijo cuando era niño y comenzaba á estudiar gramática, y me alegro que haya sido tan semejante á su padre. ¿No trata de casarse ahora.» «Sí trata, dijo Antandro; y lo desea en extremo, con una hermosa doncella igual á sus merecimientos en dotes naturales y bienes de fortuna.» Con esto los mandó regalar Me-

nandro, que así era el nombre del padre de Laura, y ellos se despidieron, contando entre los árboles á Lisardo todo lo que les habia sucedido, que los estaba esperando desesperado. Laura quedó cuidadosa, llena de solícito temor, que así define el amor Ovidio, porque dió en imaginar que aquella doncella con quien queria casarse Lisardo era otra, y que las finezas eran fingidas, no conociendo que Antandro lo habia dicho para que Laura entendiese su deseo: así, es temeroso el amor, atribuyendo siempre en su daño hasta su mismo provecho. No pudo alegrarse más; y dando prisa á sus padres con no sentirse buena, se volvieron á Sevilla. Durmió mal aquella noche, y al dia siguiente la afligió tanto aquel pensamiento, que se vino á resolver en escribirle. Vuestra merced juzgue si esta dama era cuerda, que yo nunca me he puesto á corregir á quien ama. Borró veinte papeles, y dió el peor y el último á Fenisa, que con admiracion, que se pudiera llamar espanto, le llevó á Lisardo, que en aquel punto iba á subir á caballo para pasear su calle. Casi fuera de sí oyo el recado de palabra, y llevándola de la mano á un jardin pequeño que en frente de la puerta principal de su casa ofrecia á la vista algunos verdes naranjos, la dió muchos abrazos; y recibiendo el papel con más salvas que si trujera veneno, abrió la nema, guardó la cubierta, y leyó así:

«Los años que vuestra merced me ha

»obligado á su conocimiento, parece que me »fuerzan en cortesía á darle el parabien de »su casamiento, que á mis padres contaron »sus criados, mayormente siendo tan acer»tado, con dama tan hermosa y rica; pero »suplico á vuestra merced que ella no sepa »este atrevimiento mio, que me tendrá por »envidiosa, y vuestra merced no há meneS»ter de hacer gala de mi cortesía para acre»ditarse, pues no será esa señora tan hu»milde, que no piense que lo que ella me»rece, vale por sí mismo esta general esti»macion de todas.»

Con una blanda risa, más en los ojos que en la boca, dobló el papel Lisardo, y por lo que habia contado Antandro, conoció el engaño de Laura, ó que se habia valido de aquella industria para provocarle á desafío de tinta y pluma, que en las de amor es lo mismo que de espada y capa. Llevó á Fenisa á un curioso aposento, bien adornado de escritorios, libros y pinturas, donde le dijo que se entretuviese mientras escribia. Fenisa puso los ojos en un retrato de Laura, que un excelente pintor habia hecho al vuelo de solo verla en misa; y Lisardo escribió, haciendo gala de que fuese aprisa y con donaire, y cerrado el papel, abrió un escritorio, y dando cien escudos á Fenisa, le abrió las entrañas. Fuése la esclava, y Lisardo volvió á leer el papel otras dos veces; y poniéndole la cubierta encima, le acomodó en una naveta de escritorio, donde tenia sus

joyas, porque así le pareció que le engastaba. Llegó Fenisa donde Laura esperaba la respuesta con inquietud notable; dióle el papel, contóle el gusto con que la habia recibido, el aseo de su aposento, la grandeza de su casa, y calló los cien escudos, aunque hizo mal, que tambien esto obliga á quien ama y desea ser amada; pero peor hubiera sido que confesara la mitad, como hacen muchos criados, en ofensa grave de la liberalidad de los amantes. Abrió Laura el papel con ménos ceremonias, aunque por ventura con más sentimiento, y leyó así:

«La señora que yo sirvo, y lo es de mi »libertad, y con quien deseo casarme, es »vuestra merced, y esto mismo dijo Antan»dro para que en este sentido se entendiese. »Con esta satisfaccion pudiera vuestra mer»ced tener envidia de sí misma, si yo me»reciera lo que dice por honrarme, que no »tengo ni tendré otro dueño mientras tu»viere vida.»

Cuando yo llego á pensar por dónde comienzan dos amantes el proemio de su historia, me parece el amor la obra mas excelente de la naturaleza, y en esto no me engaño, pues bien sabe toda la filosofía que consiste en él la generacion y conservacion de todas las cosas, en cuya union viven, aunque entre la armonía de los cielos, que en el aforismo de que todas las cosas se hacen á manera de contienda, eso mismo que las repugna, las enlaza, y así se vé que los

elementos que son los mayores contrarios, simbolizan en algunas cosas y comunican sus cualidades. Convienen el fuego y el aire en el calor, porque el fuego le tiene sumo y el aire moderado; el fuego y la tierra en lo seco, el aire y el agua en lo húmedo, y el agua y la tierra en lo frio, de cuya conveniencia es fuerza amarse, y á este ejemplo, las demás de la generacion y corrupcion de la naturaleza. Pero dirá vuestra merced: ¿Qué tienen que ver los elementos y principios de la generacion de amor con las calidades elementales? Más bien sabe vuestra merced que nuestra humana fábrica tiene dellos orígen, y que su armonía y concordancia se sustenta y engendra deste principio, que, como siente el filósofo, es la primera raíz de todas las pasiones naturales.

Notable edificio, pues, levanta amor en esta primera piedra de un papel, que sin prudencia escribió esta doncella á un hombre tan mozo, que no tenia experiencia de otra voluntad desde que habia nacido. ¿Quién vió edificio sobre papel firme? Ni ¿qué duracion se podrá prometer la precipitada voluntad destos dos amantes, que desde este dia se escribieron y hablaron, si bien honestamente, fundados en la esperanza del justo matrimonio? Y tengo por sin duda que si luego pidiera Lisardo á Laura, Menandro lo hubiera tenido á dicha, pero el querer primero cada uno conquistar la voluntad del otro, á lo ménos asegurarse della,

dió causa á que la dilacion trujese varios accidentes, como suele en todas las cosas donde se acude con la ejecucion despues del maduro acuerdo, como sintió Salustio. Tenia Lisardo un amigo que desde sus tiernos años habia sido, igual en calidad y hacienda, llamado Octavio, procedido de ciertos caballeros ginoveses que en aquella ciudad habian vivido, y á quien la mar no habia correspondido ingrata á lo que en confianza suya habian aventurado. Este amaba desatinadamente á una cortesana que vivia en la ciudad, tan linda y descompuesta, que por su bizarría y despejo público era conocida de todos. Pasaba el pobre Octavio sus locuras con inmenso trabajo de su espíritu y no pequeño daño de su hacienda, porque á vuelta de cabeza se la cargaba de infinito peso, mayormente si se descuidaba de comprar por instantes lo que le parecia que tenia adquirido. Amor no se conserva sin esto, yo lo confieso; pero en este género de mujeres es la codicia insaciable. Hame acontecido reparar en unas yerbas que tengo en un pequeño huerto, que con la furia del sol de los caniculares se desmayan de forma, que tendidas por la tierra, juzgo por imposible que se levanten, y echándo'as agua aquella noche, las hallo por la mañana como pudieran estar en Abril despues de una amorosa lluvia. Este efecto considero en la tibieza y desmayo del amor de las cortesanas, cuando la plata y oro les despierta y

alegra tan velozmente, que el galan que de noche fué aborrecido porque no da, á la mañana es querido porque ha dado. Olvidada, finalmente, Dorotea, que así se llamaba esta dama, de las obligaciones que tenia Octavio, puso los ojos en un porulero rico, así se llaman, hombre de mediana edad, y no de mala persona, aseo y entendimiento. A pocos lances conoció Octavio la mudanza, y siguiéndola un dia, la vió entrar disfrazada en la casa del indiano referido, donde esperó desatinado á que tomase puerto en la calle de aquella embarcacion tan atrevida, y asiéndola del brazo, la dió, con poco temor del perulero y vergüenza de la vecindad, algunos bofetones. A sus voces y de la criada, que llegando á defenderla partieron la ganancia, salió Finco, que este fué su nombre, ó lo es ahora, y con dos criados suyos le hizo salir de la calle con menos honor que si quedara en ella, pero con más provecho suyo. Corrido Octavio, como era justo, porque al huir, dice Carranza, y lo aprueba el gran don Luis Pachero, no hay satisfaccion, dió parte á su amigo Lisardo de su disgusto, y con los dos criados músicos referidos, fueron á esperarle dos ó tres noches; porque él no salia sin cuidado de su casa, y la última, que venia de visitar un amigo (¡oh noche, qué de desdichas tienes á tu cuenta! no en balde te llamó Estacio acomodada á engaños, Séneca horrenda, y los poetas hija de la tierra y

de las parcas, que es lo mismo que de la muerte, pues ellas matan y la tierra consume lo que entierra), saliéronle al paso Octavio y Lisardo con los criados, y dándole muchas cuchilladas, se defendió valerosamente con los suyos hasta que cayó muerto, dejando á Octavio herido de una estocada, de que tambien murió de allí á tres dias. Estos estuvo retraido Lisardo, y queriendo hacer fuerza la justicia en sacarle de la iglesia, le fué forzoso ausentarse, y con grandes lágrimas de Laura y suyas salió de Sevilla, y por ser ocasion en que se partia la flota de Nueva-España, aconsejado de amigos y deudos, se pasó á las Indias. Fué tan difícil de remediar este caso, aunque de entrambas partes habia dos muertes, que no pudo volver á Sevilla Lisardo cuando pensaba. En triste ausencia quedó Laura con tan notable sentimiento de su partida, conocido de sus padres, que con algun advertimiento reparaban en Lisardo, y no les pesara de que fuera su yerno; pero habiendo pasado dos años de inmensa tristeza, le propusieron algunos casamientos para sacarla della, de personas ilustres y dignas de su hermosura, calidad y hacienda. Era de suerte lo que Laura sentia que le tratasen desto, que cada vez que lo intentaban, la tenian por muerta; pero habiéndose informado de Fenisa, y entendiendo que mientras estuviese en esperanza de casarse con Lisardo no admitiria casamiento alguno, determinó Menandro

de fingir una carta que diese nuevas, entre otras relaciones, de que Lisardo se habia casado en Méjico, y una aparte para un amigo suyo, que visitándole dejase caer al descuido, que hallada de Laura, decia así:

«En este viaje no tengo que advertiros »mas de que todo se despacha bien, y me»jor lo que menos pensábades. Llegó bueno »el Virey, y creo que nos habemos de ha»llar muy bien con él, porque es un gran »príncipe, celoso del servicio de Dios y de »su majestad. Hacedme el placer de saber »en qué estado están los negocios de Li»sardo de Silva en esa ciudad, porque ya »son tan propios mios, que le he casado con »mi hija Teodora, con mucho gusto de en»trambos, porque se querian mucho Esto »me importa notablemente, porque quiere »ir Lisardo á España y pretender un hábito »en la córte, y yo deseo ver honrada mi »casa, y que comience su valor en este ca»ballero, á quien, por el que tiene en todo, »he dado en dote sesenta mil ducados.»

Cómo quedaria Laura con esta carta, echada con tan falso descuido para darle tan verdadero cuidado, no es posible encarecerlo; pobre amante, que cuando estaba solicitando su libertad para verla, se la estaban quitando con tan notable industria; y no se engañaron, aunque vuestra merced lo sienta, que, pasados algunos dias de lágrimas, se consoló, como lo hacen todas, y dijo á sus padres que queria obedecerlos. Los

cuales, así como conocieron el efecto de la industria, trataron de darle marido que deshiciese con su presencia fácilmente la voluntad de Lisardo, que no habia podido tan larga ausencia. Habia un caballero en la ciudad, no de tan gallarda persona, pero de mas juicio, años y opinion constante, rico y lustroso de familia, y codiciado de muchos para yerno, porque traia escrita en la frente la quietud y en las palabras la modestia. Tratóse entre los deudos de una y de otra parte el concierto, y estando á todos con igualdad, no fué difícil de llegar á ejecucion con la brevedad que los padres de Laura deseaban. Casóse Laura, y en esta ocasion dijera un poeta si habia asistido Himeneo triste ó alegre, y si tenia el hacha viva ó muerta, ceremonia de los griegos, como llamar á Talasio de los latinos. Y porque vuestra merced no ignore la causa por qué invocaba la gentilidad en las bodas de este nombre, sepa que Himeneo fué un mancebo, natural de Aténas, de tan hermoso y delicado rostro, que con el cuidado de los rizos del cabello, como ahora se usan, era tenido por mujer de muchos. Enamoróse este mancebo ardentísimamente de una hermosa y noble doncella, sin esperanza de fin á su deseo, porque en sangre, hacienda y familia era inferior y desigual con diferencia grande; con esta desconfianza Himeneo, para sustentar sus ansias siquiera de la amada vista desta doncella, vestíase

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, M

mismo hábito, y mezclándose con las demás que la acompañaban, ayudado de las colores de su rostro, en amistad honesta vivia con ella y la seguia á las fiestas y campos, sin osar declararse por no perderla. En este tiempo le sucedió lo que á muchos, que, pensando engañar, lo quedan ellos; porque, habiendo salido fuera de la ciudad su dama con otras muchas á los sacrificios de Céres Eleusina, saltaron de improviso en tierra, y con las demás doncellas le robaron. Ellos, la presa y la nave tomaron puerto cerca; y habiendo repartido á su gusto lo que á cada uno le tocaba, hicieron fiesta sobre la yerba, y andando Céres y Baco dando calor á Vénus, con el trabajo del remo y descanso del vino se rindieron al sueño. Himeneo, valerosamente gobernado de su ánimo en ocasion tan fuerte (que la hermosura en los hombres no estorba la valentía del corazon, y yo he visto muchos feos cobardes); sacó la espada de la cinta al capitan de los piratas, y uno á uno les cortó las cabezas, embarcó las doncellas, y con inmenso trabajo volvió á Aténas; los padres de las cuales, en remuneracion de tanto beneficio, solicitaron al de su dama, y se la dió por mujer, con la cual vivió en paz, sin celos y sin disgusto, y con muchos hijos, de donde tomaron ocasion los atenienses de invocarle en sus bodas, como á hombre tan dichoso en ellas, y poco á poco se fué introduciendo el cantarle himnos, como á su protector, de que se hallan tantos

en los poetas griegos y latinos, y recibirse su nombre por las mismas bodas. No pienso que le habrá sido á vuestra merced gustoso el episodio, en razon de la poca inclinacion que tiene al señor Himeneo de los atenienses; pero por lo ménos le desvié la imaginacion del agravio injusto que hicieron estas bodas al ausente Lisardo, y la facilidad con que se persuadió la mal vengada Laura; aunque por el camino que fué la industria, ¿á qué mujer le quedara esperanza, cuando no quisiera vengarse? Cosa que apetecen enamoradas con desatinada ira, tanto, que en viendo cualquiera retrato de mujer, pienso que es la venganza.

Puso Marcelo, que así se llamaba su marido, ilustre casa, hizo un vistoso coche, el mayor deleite de las mujeres, y en esta parte soy de su parecer, por la dificultad del traje y la gravedad de las personas, y más después que se han subido en monte de corcho, haciéndose los talles tan largos, que se hincan de rodillas con las puntas de los jubones. Casóse un hidalgo, amigo mio, de buen gusto, y la noche primera que se habia de celebrar el himeneo en griego y la boda en castellano, vió á su mujer apearse de tan altos chapines y quedar tan baja, que le pareció que le habian engañado en la mitad del justo precio. Dijo entonces ella: «¡Qué os parece de mí!» Y él con poco gusto le respondió: «Paréceme que me han dado á vuestra merced como á mohatra,

pues he perdido la mitad de una mano á otra.» A quien yo consolé con la respuesta de aquel filósofo que, diciéndole un amigo suyo que por qué se habia casado con una mujer tan pequeña, respondió: «Del mal lo ménos.» Mas cierto que todos se engañan; que una mujer virtuosa, ó sea grande ó pequeña, es honra, gloria y corona de su marido, de que hay tantas alabanzas en las divinas letras; y ¡ay del enfermo que ellas no curan, el solo que no regalan, y el triste que no alegran!

Entre otras cosas que trujo Marcelo á su casa, fué un esclavo, de quien fiaba mucho, alarbe de nacion que en una presa del general de Orán habia sido cautivo. Este tenia cuenta de los caballos del coche y de otros dos en que paseaba, de los Valenzuelas de Córdoba, que tambien hay linaje de caballos con su nobleza. No se olvide, pues, vuestra merced de Zulemo que así se llamaba, que me importa para adelante que le tenga en la memoria. Casados vivian en paz, aunque sin señales de hijos, que lo suelen ser del matrimonio, Marcelo y Laura, cuando habiéndose acabado con ruegos y dineros y años, que lo vencen todo, el pleito de Lisardo, apareció en Sanlúcar con los galeones de Nueva-España; y como de su pensamiento no diese parte á nadie, y por coger de improviso á Laura con la alegría de su presencia, ignorante de su casamiento, vino á Sevilla. No le dijeron en su casa nada, ó

ya ocupados en verle, ó ya porque pensaron que cosa tan notable para él como estar casada Laura ya lo sabria, ó por no le recibir con malas nuevas, que suele ser la mayor ignorancia de los deudos y amigos. Con esto, así como estaba, y solo, quitándose las espuelas, se fué á su casa, serian las ocho de la noche, y vió Lisardo en el patio tan diferente ruido, que se le turbó el corazon y heló la sangre, y después de un rato preguntó á un criado que ayudaba á poner en su lugar aquel vistoso coche, en que debia de haber venido Laura, quién vivia en aquella casa. «Aquí vive Menandro, le respondió, y Marcelo, su yerno.» Pasóle el corazon esta palabra, y todo temblando le dijo: «Pues ¿casó á la señora Laura?» «Sí,» replicó el criado con sequedad; y se lo pagó Lisardo con muchas lágrimas, que de improviso vinieron á los ojos por ayudar al corazon en tan justo sentimiento. Sentóse en un poyo que estaba junto á la puerta, y no pudiendo hablar, porque le ahogaba el dolor, vertió parte del veneno, con que sintió algun alivio. Levantóse finalmente, porque ya reparaban en él, que la buena disposicion lo solicitaba, con las galas y plumas del camino, en las cuales fué la primera venganza, porque, haciéndolas pedazos, sembró dellas la calle, diciendo: «Estas y mis esperanzas todo es uno.» De allí pasó á los guantes, y tirándose de una cadena de piezas, la perdió toda. Bien habia hora y media